

Bibliotecas públicas

G. LURI , filósofo y pedagogo

Los días 22 y 23 de mayo se celebran las Jornades Catalanes d' Informació i Documentació, organizadas bianualmente por el Col·legi Oficial de Bibliotecaris i Documentalistes de Catalunya. El lema de este año expresa perfectamente su quehacer: "Experiència i innovació". Reunirán a más de 500 profesionales de bibliotecas, centros de documentación y servicios de información de la empresa y de la administración. Es una buena ocasión para agradecer, como ciudadanos, el entusiasmo (que es ese plus de servicio que no va en el sueldo) de estos profesionales.

Las bibliotecas están viviendo una metamorfosis notable. Las de toda la vida, centradas en el libro, siguen y seguirán vigentes.

Recomiendo una visita a la biblioteca pública episcopal del Seminari de Barcelona (350.000 volúmenes en 1.500 m²) o a la sala de consultas de la biblioteca de la Universitat de Barcelona (150.000 ejemplares de los siglos XVI al XVIII y la posibilidad de obtener imágenes digitalizadas de cualquier ilustración). Pero cuando uno pasa de estos venerables espacios a las bibliotecas públicas, no puede menos de quedarse desconcertado.

¿Qué es, hoy, una biblioteca pública? Es, en primer lugar, algo que merece otro nombre, porque su alma ya no es el biblio (libro). Es más una bio-teca que una biblio-teca. Bios significa en griego "vida" e incluso "sustento".

Carme Galve, directora de la biblioteca Jaume Fuster, me sugiere el nombre de "informacioteca". Conviene resaltar su vitalidad, tanto por lo que tienen de vida interior como por la que aportan a los barrios y porque entre sus profesionales parece haber encontrado su último reducto el entusiasmo filantrópico de la función pública. En Barcelona, una ciudad que carece de váteres públicos, los mendigos y los turistas han descubierto que sus instalaciones, que por definición están abiertas, son, efectivamente, polivalentes. No son pocas las familias que usan la biblioteca pública de guardería, los estudiantes que acuden a hacer como que estudian o los usuarios impertinentes que se enfadan porque no les dejan pasar con su perro o con el carro de la compra. Pero ahí siguen, elaborando planes, sin dejarse afectar por el usuario que confunde las campañas públicas de fomento de la lectura con un hipotético derecho a recibir la cultura masticada.